

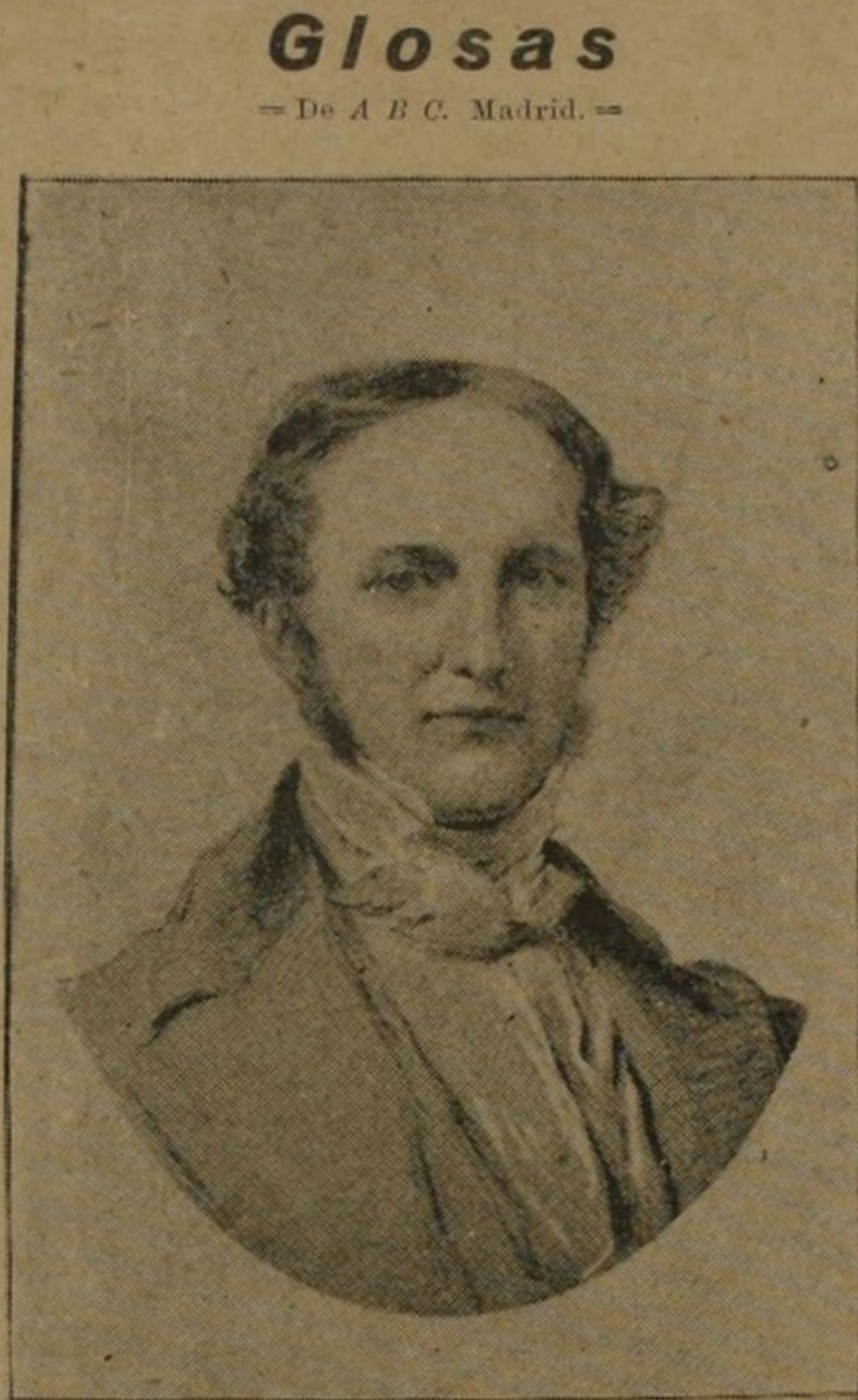
**Prescott.**—¿Quién lee hoy, en España, la *Historia de los Reyes Católicos*, de Prescott? De *lectura* hablo, no de *estudio*... Innegable que entre nosotros se estudia ya más y mejor, sobre todo en parangón con un ayer bastante desgraciado, el ayer de la última parte del siglo XIX. Pero no parece seguro que lo que en el *estudio* se ha ganado no se haya perdido en lo referente a la *lectura*. Y ocurre que ésta, para los efectos de la cultura ambiente, tenga sus propias virtudes, que el otro no reemplaza. Tiene —no sólo para el acervo total de lo leído, sino dentro de cada orden de conocimientos dentro de cada volumen inclusive— la ventaja de una *extensión* que compensa el menor grado de *intensidad*: no da lo mismo, por lo que toca a la espiritual ganancia, empaparse de un libro en el espacio de unos meses que devorarlo febrilmente en unas horas. Tiene también la *lectura*, comparada con el estudio, un *desinterés*, una *imparcialidad*, una *lucidez*, que faltan en ésta y que constituyen, si bien se mira, elementos intelectuales de primer orden. Ni hay por qué subrayar el contraste en cuanto al deleite: el estudio sólo reemplaza la *lectura* en la proporción y forma en que la tempestuosa amorosa pasión puede reemplazar al hondo y apacible comercio amistoso.

La pregunta, pues, de quién lee el Prescott debe interpretarse en el sentido de inquirir quién es hoy amigo del Prescott. De otra parte, nadie que, en tales coyunturas, el «quien» hay que leerlo «cuantos» y entender la interrogación como una conjetura de rareza, no como una negación de posibilidad. Raros, si existen—y no parece inverosímil que existan—serán los amigos del Prescott. Raros hoy, en España, los lectores del temple de aquellos que, en legión anónima—tan anónima como auténticamente selecta—decidieron de la posibilidad de que se publicasen repetidamente aquellas ediciones de la versión española, ilustradas por el espeso texto a dos columnas, por la tipografía románticamente alargada, por los grabados en madera—Cibera, «Alvaro», Riesga, Vallejo, Zarza *fecierunt*, aquellos grabaditos, bien ingenuamente dramáticos, bien minuciosamente documentarios, de la Casa Gaspar y Roig.

**Vida, muerte, resurrección.**

—Esta *Historia*, sin embargo, merece, no ya que se la quiera, sino que se la adore. También está, tal es fuente de vivas delicias su lectura. Aquí el saber da una armadura tan sólida, tan perfectamente trabada, tan armoniosa a la vivacidad literaria del relato, como el esque-

llamado Las Queseras del Medio, sobre las márgenes del Río Arauca. Páez movió 150 jinetes y los hizo pasar el río. Morillo estaba muy cerca con 6,000 hombres. El jefe patriota, aparentemente, se retiraba. Morillo lanzó sobre él 1,000 hombres. Cuando los españoles daban alcance a los venezolanos, Páez, irguiéndose sobre su caballo, gritó: *Vuelvan caras*, y se lanzó sobre los soldados de Morillo, haciéndole más de 300 muertos e hiriendo a otros muchos. Al ver aquello el jefe español y



W. H. Prescott

leto de un atleta al juego de sus músculos. Cuando una obra histórica está construida de este modo puede impunemente desafiar al tiempo y resistir a la corrosión y hasta el embate de los descubrimientos ulteriores de las rectificaciones eruditas. Así la estatua donde la anatomía es perfecta resiste a los cambios de gusto impuestos por la caducidad de las modas del traje. Así el buen retrato es siempre un buen retrato, aunque el modelo envejezca o enferme, enflaquezca o engorde, cambie de peinado o pierda el humor.

En la filosofía del retrato artístico ando cabalmente ocupándome estos días, en preparación de una conferencia en ciudad lejana. Y sobre la producción—sobre la embriogenia, diríamos—del mismo he llegado, entre otras, a la siguiente ley: Un retrato que se elabora atraviesa sucesivamente por tres etapas. En la primera, cualquier artista algo dotado de facilidades de mano y de ojo llega muy pronto a un resultado que ilusiona: la figura trazada campea briosamente, parece vivir; el parecido es bastante satis-

**Eugenio d'Ors**

factorio; todo ello, empero, superficial, gratuito, no analizado, no construido, no justificado; informadores gráficos, caricaturistas, pueden contentarse con ello. El artista probo prosigue: entonces hay que recorrer fatigosamente una segunda etapa; bajo el pincel, bajo los palillos, que analizan y construyen, la imagen, tan briosamente amanecida, parece retroceder, deshacerse, morir; el parecido se nubla, se eclipsa; cada jornada de labor se diría un paso más hacia el fracaso... ¡Ay! La mayor parte de los retratos que en el mundo se intentan, con una evolución contada antes de concluir, se queda así, marcados ellos con una firma que es una dimisión. Sólo algunos privilegiados artistas siguen adelante; y entonces es cuando el milagro se cumple: un día, un día de gracia, he aquí que el retrato empieza a transfigurarse de súbito; renacen en él la fidelidad, la vivacidad, el prestigio de las primeras horas; mas ahora, no ya superficialmente apuntadas, sino fijadas por lo hondo; no ya efectistas, sino sólidamente justificadas; no ya ilusorias, sino reales... «Vida», «muerte», «resurrección», llamo yo, respectivamente, a esas tres fases; no sin acordarme quizá de aquel dicho famoso miguelangesco que atribuye, una tras otra, tales denominaciones a los aspectos de una obra de escultura, modelada en barro primero, vaciada en yeso en seguida, cincelada en mármol después.

Pues bien; como el del retrato—y como el de la biografía, intermedio entre uno y otro—, el trabajo de la *Historia* conoce su barro, su yeso, su mármol: su «vida», su «muerte», su «resurrección». Fácil es evocar, trazar a grandes rasgos el cuadro—el cartelón—de un determinado período en la vida de la nación, en la vida de la Humanidad. No tan fácil, pero en cambio retrógrado, funesto, letal, el otro trabajo, que, al buscar las precisiones analíticas, marchita la frescura del primer esbozo y falta doblemente al arte y a la ciencia al dejar tan extinto el brío como la fidelidad nublada... Pero ahí concluye la mayoría de los historiadores profesionales. Ahí, sin llegar al paso dichoso en que la *Historia resucita*... No así Prescott, cuya páginas sobre nuestros Reyes Católicos parecen cinceladas en mármol.

**La Gaya Ciencia.**—Por todo lo cual el libro de Prescott merece verse incluido, en lugar de honor, en la biblioteca de la que—desamortizado un poco el tradicional concepto—empiezo a llamar *la Gaya Ciencia* estos días. Sobre la cual convendrá entenderse.

gar a Venezuela, entrando por las bocas del Orinoco y remontándolo después, muchos soldados y oficiales ingleses. Para 1819 estaba ya organizada la Legión Británica. Estos hombres prestaron servicios notables en el ejército patriota, y algunos de ellos, como O'Leary, que llegó a general, merecieron más tarde admiración y gratitud. (O'Leary es el mejor historiador de Bolívar). La liberación de la Nueva Granada, hoy Colombia, estuvo siempre en el pensamiento y